

...en fin, la verdad, es una pieza que siempre quise hacer pero, es difícil, es difícil, no se trata sólo de tener suficientes medios, no es una pieza épica, tipo colgar a todos los hombres blancos que han contribuido desde el patriarcado a la destrucción de la naturaleza o, al menos, colgarlos en imagen, como se hacía en tiempos de la Inquisición, bien, eso estaría bien, pero no...; tampoco es una pieza monumental, no quiero, por ejemplo, hacer un avión recubierto de pan de oro, dorarlo, dorado, llenarlo de filósofos, chamanes y brujas que subirían a bordo y ponerlos a pensar, a debatir, a meditar, dando la vuelta al mundo, una, varias veces, eso ya lo intento el bueno de James Lee Byars y le fue imposible, por muchos motivos, pero imposible...; de hecho, pienso que ni tan siquiera aspiro a que desaparezca el mal, cualquiera que sea la expresión o campo que esa palabra, el mal, otorga, que desaparezca el mal de la tierra, digo, pues, en cierto sentido creo que el bien necesita estar en tensión con algo, con un doble dialéctico, tipo Kant con Sade, y la utopía del bien absoluto me da miedo, es como ese tortazo diario que recibíamos de nuestros maestros y que por lo visto era por nuestro bien, así lo recalaban, “es por tu bien”... la famosa torta a tiempo; no, no, ni tampoco es un emblema moral lo que pretendo ni siquiera un proyecto político, la soñada asamblea de los animales, por ejemplo, algo que realmente sueño y algo que está pasando, efectivamente, en estos días “malos”, cuando concurren a nuestras ventanas cientos de pájaros, aves de todas clases, los jabalís se pasean por nuestras calles olisqueando el miedo y el majestuoso ciervo cruza las avenidas triunfante... lo que dicen, lo que los animales nos recomiendan esta claro y es suficientemente explícito para entenderlo, claro, el lenguaje tiene sus límites y no lo entiende ni traduce todo, así que tenemos que responder y actuar, seguramente, sin comprender del todo esas expresiones sonoras que ciervos, jabalís, mirlos, gorriones y periquitos nos espetan, sin cortarse, a la cara, expresiones, sí, que se encuentran más allá de las palabras, y que no es fácil comprender aunque son claras, diáfanas... es que, en realidad, lo que siempre he querido hacer, y, vaya, creo que lo estoy consiguiendo, o eso parece, es algo, esto mismo, cierto, en el pasado ha intentado tantas veces sin conseguirlo del todo... lo intente con una bomba atómica blanca, pintada con blanco de plomo, una óleo que se dejó de fabricar por venenoso pero que daba un matiz metálico que hacía el blanco más blanco, un blanco venenoso, sí, pero que, por el propio plomo que contenía, parece que protegía también de las radiaciones; también, no hace mucho, reapareció ese blanco en unas hojas de folio, que, apostaba, también estaban en blanco y que solo contenían pequeños orificios hechos por los disparos de con una escopeta de cartuchos, relleno de plomos, plomillos, esos que fácilmente se aplastan y quedan asimilados en su espesor a monedas de a poco, a calderilla., pues bien, esos balines dejan pequeños orificios en esa página

[

]

en blanco, pequeños agujeritos...; o, ahora lo recuerdo, mucho antes, un pequeño cuadrado blanco con apenas un leve relieve, un relieve hecho con el trazo del pincel, símbolo de alguna estructura molecular o cadena de ADN, especie de gag, chiste intelectual podría decirse, sobre lo que parece nos constituye irremediabilmente, pero que también, al menos a nuestros ojos, queda en blanco, vacío, ni se donde estará aquel lienzo, aquella pintura cuadrangular, tipo A3 más o menos, hace años que no lo veo ni encuentro una fotografía de ella...; pero no, no, ninguna de estas tres piezas que recuerdo ahora podría estar en línea, a la altura de sus modelos: el blanco de Malevitch, cuadrado, el cuadrado blanco del suprematista ruso; o el de Alphonse Allais, muy anterior, “primera Comunión de jovencitas cloróticas en tiempos de nieve”, escrito bajo un cuadrado blanco, una página que tanto gustaba a José Bergamín; o la pintura de Robert Ryman o el borrado de lápiz de Robert Rauschenberg, tampoco el silencio de Cage o el de Camarón, los dos murieron en el mismo caluroso verano, como recordaba Mikel Laboa; ni la página en blanco de Silverio Lanza, una manía rara en las pocas ediciones de sus novelas y cuentos, dejar cosas así, inacabadas o en el manuscrito de *Gog* o en el de *El libro negro* de Giovanni Papini, una lectura adolescente que creo me marco de manera indeleble...; no, ha tenido que ser ahora, en esta ocasión, retomando un viejo camino -nada en el camino de los bienes, nada en el camino de los males, sólo se puede subir por el camino del medio donde no hay nada, nada, nada-, en esta bobería en la que tan bien me encuentro, especie de limbo, espacio propio de mi charlatanería, ese “no ni ná”, como dicen en Andalucía, dando con tres negaciones una afirmación rotunda; pues bien, ahora, en este mismo dispositivo que les muestro, y es que me gusta tanto poder hacer coincidir el display con el dispositivo, en fin, no es algo que se consiga todos los días, pero ahora parece que sí, en este mismo gesto, digo, sigo diciendo, insisto, ahora mismo, con este blanco que les muestro en imagen, ahí, ahí mismo, aunque veo, es verdad, que la cámara del móvil tiene una pequeña mancha, medio una sombra, un defecto óptico, en fin, que se le va a hacer, nada es perfecto, pero la intención del blanco es clara, sigamos, porque esto era exactamente lo que yo quería hacer y lo que, según parece, sí, he conseguido, ¡ahora he conseguido!, que no halla nada, nada, un vacío, bueno, no exactamente, más bien, que lo que quede, quede en blanco, pura potencia, esto mismo, este gesto, blanco sobre blanco, un poder, mismamente, en soporte digital, virtual, si acaso, ruido blanco, esto mismo, esto que les dejo...